

Tenia a la sazón Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, cincuenta y dos años, y llevaba diez y seis haciendo la guerra á España: fué el primero que enarboló la bandera de libertad para los Países Bajos, atreviéndose contra el poderosísimo rey de Castilla, manteniendo constantemente la lucha contra cuatro gobernadores reales de la reputación del duque de Alba, del comendador Requesens, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, llegando en alguna ocasión á dominar en quince de las diez y siete provincias flamencas, y teniendo la audacia de deponer por edicto público al rey de España del señorío de los Países Bajos. Su entierro fué el más suntuoso y magnífico que se había visto jamás en aquellos países, y con dificultad habrá sido llevado al sepulcro con mas pompa ningún soberano. Excusado es decir que los escritores protestantes se deshacen en elogios de las cualidades y virtudes del príncipe flamenco (1). Los historiadores católicos no le niegan prendas de valía, al lado de muchos y muy reprehensibles defectos (2).

En medio de la general consternación que produjo, y del desconcierto también general en que parece debió dejar á las provincias rebeldes la muerte del de Orange, todavía desdeñaron volver á la obediencia del rey de España; y queriendo dar una prueba de su tesón y un testimonio de su veneración y afecto al príncipe que acababan de perder, juntos los estados en Amberes acordaron dar á su segundo hijo Mauricio (3), joven de escasos diez y nueve años, pero de grandes esperanzas, casi las mismas dignidades que á su padre, confiriéndole el título de grande almirante de la Confederación, y el gobierno de Holanda, Zelanda y Utrecht.

Comprendió con esto el de Parma que no había ya otro medio de vencer la obstinación de aquellas contumaces provincias que el de hacer con todo vigor la guerra, y á ello se decidió, ejecutándolo de la manera maravillosa que veremos en otro capítulo. Anúnciase un nuevo período en la revolución de Flandes.

Baltasar Gerard. Y con motivo de haberse suscitado en los diarios de aquel reino la disputa de si el documento es original ó copia contemporánea, el director de aquellos establecimientos ha publicado recientemente un folleto, en que después de exponer las razones que pueden inducir á creer lo uno y lo otro, no se atreve todavía á resolver la cuestión. Inserta una copia de la confesión, que empieza: *Je, Baltazar Gérard de Villaffans en Bourgoigne, scavoir faitz á tous qu'oy heu en volonté, des sont pascé six ans, et mesmement des le temps que la paix de Guant fut rompue et violée par Guillaume de Nassau, prince d'Oranges, de tuer et occire iceluy de Nassau, etc.*

El cardenal Bentivoglio dice que de su confesión no se sacó sino que había muerto al de Orange de su propia voluntad, y creyendo servir más á su Dios que á su rey. Añade, sin embargo, que desde que el rey declaró rebelde al de Nassau, se encendió en su pecho el deseo de quitar la vida al enemigo de su querido y natural señor, y decía á sus amigos: «Yo vengaré á mi príncipe.» «Oyólo muchas veces (concluye Bentivoglio) mi padre Pedro Varen, que sirvió á Felipe II, llamado por su tío, que era mayordomo del Estado y sumiller de la casa.»

(1) No hay sino leer los que le prodigan Meteren y Watson.

(2) «Concurrieron igualmente en él, dice Bentivoglio, la vigilancia, la industria, la liberalidad, la facultad, y la perspicacia en todo negocio, con la ambición, con la fraude, con la codicia, con la osadía, con el transformarse en todos los naturales; acompañando estas buenas y malas cualidades con todas las que enseña la más sutil escuela del mandar. En las juntas públicas y en toda otra suerte de pláticas ninguno supo más disponer los ánimos, torcer las opiniones ó colorir los pretextos; acelerar los negocios ó detenerlos; y en suma, con mayor artificio aventajarse. Fué más estimado en el manejo de las cosas civiles que en la profesión de las militares. Varió de religión como de intereses. Niño en Alemania fué luterano. Pasando á Flandes se mostró católico. Al principio de las revueltas se declaró fautor de nuevas sectas, si bien no profesor descubierta de alguna, hasta que últimamente le pareció seguir la de halavino, como mas contraria á la religión católica profesada del rey de España.»

Lo que no tiene duda es que no perdió nunca de vista su particular interés, y que aspiró siempre, aprovechando las revueltas, al título de conde soberano de Holanda y Zelanda, cuyas provincias parece que de secreto le había dado en feudo el duque de Alençon, y cuyas ciudades, á excepción de dos, estaban dispuestas á revestirse de aquella autoridad.

(3) El mayor, conde de Buren, aun se hallaba detenido en España, donde recordará el lector había sido traído de órden de Felipe II arrancado de la universidad de Lovaina y de los brazos de su padre en el principio de la revolución.

CAPÍTULO XVIII

FLANDES

Alejandro Farnesio.—El conde de Leicester

DE 1584 Á 1588

Las provincias rebeldes ofrecen su soberanía á Enrique III de Francia.—No la acepta.—Alejandro Farnesio renueva la guerra con energía.—Memorable cerco de Amberes.—Puente sobre el Escalda.—Medios admirables que se emplearon para su construcción.—Recurso extraordinario de los sitiados.—Navíos monstruos.—Revienta y estalla una de estas enormes máquinas.—Horribles efectos que produce.—Destrucción y reparo del puente.—Diques, contradiques, inundaciones.—Batalla en los campos inundados.—Sangriento combate sobre el dique.—Triunfo de Alejandro Farnesio y los españoles.—Capitulación y entrega de Amberes.—Rinde el de Parma durante el cerco las principales ciudades de Brabante.—Generosidad y moderación de Farnesio.—Ofrecen los Estados su soberanía á la reina de Inglaterra.—Respuesta de Isabel.—Envía al conde de Leicester, su favorito, con ejército auxiliar.—Confierenle las provincias la autoridad suprema.—Prosigue Farnesio sus conquistas.—Flojedad y poca inteligencia del de Leicester en la guerra.—Mal gobierno del inglés.—Disgústanse con él los Estados.—Vuelve á Inglaterra.—Justas quejas de los flamencos á la reina.—Resolución que toma Isabel.—Vuelve Leicester á Flandes con nuevos refuerzos.—Sitio y toma de la Esclusa por el de Parma.—Cobardía del inglés.—Graves disidencias entre ingleses y flamencos.—Regresa Leicester á Londres.—Hace dimisión del gobierno de Flandes.—Reflexiones.

La muerte del príncipe de Orange era el acontecimiento más favorable á los fines de Felipe II, como el más fatal que podía haber ocurrido á los rebeldes flamencos. En el conflicto en que estos quedaban, suficiente de sobra para desalentar á otro pueblo menos decidido en la defensa de sus libertades y menos perseverante en sus resoluciones, comenzaron á tratar á quién habían de dirigirse en busca de amparo y apoyo, rechazando ó desoyendo á todo el que les hablara de reconciliación con España. Fluctuando entre el rey de Francia y la reina de Inglaterra, esperando algunos más del francés, aunque católico, por estar tan vecino y ser hermano del de Alençon, otros más de la inglesa, aunque más distante, por ser protestante como ellos, decidieron al fin á apelar á Enrique III de Francia, á quien al efecto enviaron una embajada solemne. Mas no lo hicieron tan de prisa que no se adelantara á prevenir y deshacer sus manejos el embajador de España en aquel reino, don Bernardino de Mendoza, hombre despierto, diligente y mañoso; de modo que cuando los comisionados de Flandes llegaron á hablar á Enrique, este monarca, ya de por sí irresoluto y débil, por más que hubiera querido vengarse del favor que Felipe II dispensaba á los Guisais, y por más que los flamencos buscaban su apoyo en la reina madre Catalina de Médicis, no se atrevió á darles sino una respuesta ambigua y unas esperanzas inciertas.

Diversos y aun contrarios eran también los pareceres en la corte y en los consejos del rey. La reina madre, sentida de su repulsa en Portugal, de buena gana habría suscitado embarazos á Felipe II en Flandes; pero deteníase ante la consideración de cierta conveniencia en que el monarca español siguiera protegiendo á los Guisais y al de Lorena contra los hugonotes, porque esto podría traer la sucesión del trono de Francia á sus nietos los hijos de su hija Claudia casada con el de Lorena. Representaban unos al rey lo poco decoroso que aparecería á los ojos del mundo ver á un monarca católico dar favor á los herejes súbditos de otro monarca católico, y lo peligroso que era distraerse en atenciones de fuera cuando no se podían sofocar las turbaciones de dentro; mientras otros le halagaban con la idea del gran poder que adquiriría la Francia con la posesión de Flandes, y con el temor de que si les negaba su arribo se entregaran á la Inglaterra, potencia siempre mal vista de los franceses. Después de vacilar el rey entre estos y otros discursos decidióse al fin á contestar á los flamencos, que las inquietudes de su nación no le permitían dividir las fuerzas de la monarquía, pero que en desembarazándose de ellas aplicaría su cuidado á amparar á sus vecinos y amigos.

Entre tanto el duque de Parma, vista la pertinacia de los

flamencos, resolvió, como apuntamos en el anterior capítulo, proseguir con todo vigor la guerra. Fáltábale reducir las principales ciudades de Brabante, Bruselas, Gante, Malinas y Amberes. Y como le hubiesen llegado ya los viejos tercios de España que dijimos haber pedido, desembarazados de la guerra de Portugal, determinó, contra el consejo de los más de sus generales, sin dejar de hostilizar todas aquellas ciudades á un tiempo, poner formal cerco á Amberes, pensamiento que se miró como temerario y arrojado en demasía, y emprendió el célebre y famosísimo sitio. Famosísimo le llamamos, pues como dice un historiador italiano al ir á tratar de este cerco, «nunca con más pesadas moles fueron enfrenados los ríos, ni los ingenios se armaron con más osadas invenciones, ni se peleó con gente de guerra que en más repetidos asaltos hiciese mas provision de destreza y de coraje. Aquí se echaron fortalezas sobre los arrebatados ríos, se abrieron minas entre las ondas, los ríos se llevaron sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron sobre los ríos, y como si no bastara solo el trabajo de atacar á Amberes, se extendieron los trabajos del general también á otras partes, y cinco fortísimas y potentísimas ciudades se cercaron á un mismo tiempo, y dentro del círculo de un año al mismo tiempo se tomaron.»

Tratábase de una ciudad fuertísima por el arte, y defendida por el caudaloso Escalda, con castillos construidos en sus riberas, abierta á la protección de las provincias marítimas, y siendo las fuerzas navales de los flamencos muy superiores allí á las de España. Cercar la ciudad por tierra, cerrar los ríos por los cuales se comunicaba con las ciudades vecinas, talar las campiñas de estas, atacar los fuertes del Escalda y construir otros á su lado, operaciones eran que admiraban, pero que comprendían al menos los generales del duque de Parma. Lo que á todos pareció un pensamiento más ideal que realizable, fué el de echar un puente sobre el ancho y profundo Escalda, de arrebatación corriente. Rióse cuando lo supo Philipo de Marnix, señor de Santa Aldegundis, que gobernaba y defendía á Amberes, y sin embargo, la ejecución de este pensamiento fué lo que colocó á Alejandro Farnesio en la alta categoría que ocupa entre los genios militares.

Para proveerse de los materiales que necesitaba, combatió, asaltó, y tomó á Termonde (agosto, 1584), tierra abundante de arbolado, bien que le costó la sensible pérdida del valeroso maestro de campo Pedro de Paz y la del veedor general Pedro de Tassis. Dió, pues, principio á su obra clavando á las márgenes del río los árboles y vigas llevadas de Termonde. Continuaba mofándose el de Marnix, diciendo: *Locura es por cierto querer cerrar de esa manera un río de dos mil cuatrocientos pies de ancho y sesenta de profundidad. Sepa Alejandro que así sufrirá el Escalda los grillos de ese puente, como sufrirán los flamencos el yugo de los españoles.* La estacada, sin embargo, se iba formando en ambas orillas al abrigo de los fuertes. Clavábase los postes de trecho en trecho hasta donde lo permitía la profundidad del agua, y trabábase con vigas colocadas horizontalmente, cubiertas con tablas atravesadas que formaban el suelo del puente. A los lados servían de valla unos gruesos tablones impenetrables á los tiros de mosquete y altos de cinco pies. A cada extremo se construyó un castillo capaz de contener cincuenta hombres. De la parte de Brabante tenía la empalizada novecientos pies de longitud, doscientos de la parte de Flandes, y quedaba en medio del río un espacio vacío de cerca de mil trescientos, por no permitir estacarle la profundidad y la rapidez de la corriente.

Abierta no obstante la comunicación de Amberes con el mar por el río, por tierra con la ciudad de Gante, así la obra como los operarios habían sufrido entorpecimientos, molestias y descalabros, y era menester privar á los sitiados de la comunicación y auxilios de los ganteses. Esto fué lo que hizo el de Parma, cercando y rindiendo aquella rica ciudad, patria de Carlos V, con condiciones harto más suaves y generosas que las que le hubiera otorgado en otro tiempo el duque de Alba, pero cuya conducta captaba al de Parma no poco partido entre los flamencos. Con algunos navíos de Dunkerque y otros más que le proporcionó la conquista de Gante, determinó Farnesio cerrar el hueco del río que quedaba entre las dos estacadas. Mas como no pudiesen aquellos pasar sin su-

frir los fuegos de Amberes, hizo romper el dique del Escalda, é inundando aquellas tierras las aguas que por la cortadura salian, surearon por encima de las tierras los barcos de transporte, y después de algun choque con las naves de Amberes, llegaron aquellos al río. Pero un reducto que levantó Tiligny, hijo del general francés La Noue, frente á la cortadura del Boxcht, cerró el paso á otros navíos de Gante.

Necesitó, pues, la fecunda y atrevida imaginación del Farnesio inventar otro camino, que fué abrir una zanja de catorce millas de longitud, por donde fueran las aguas de la inundación á comunicar con el riachuelo Lys, que en Gante entra en el Escalda. El mismo príncipe, establecido en Beveren, activaba la obra y tomaba parte en ella manejando la azada ó la pala como un soldado ó un jornalero (noviembre, 1584). La obra se concluyó con una celeridad admirable, y ya pudieron ser llevados de Gante sin obstáculos bajeles, máquinas y materiales para acabar de cerrar el puente del río. De veinte en veinte pasos se pusieron hasta treinta y dos barcos, trabados entre sí con cuatro órdenes de cadenas y maromas, sujetos á las extremidades de cada empalizada, y con vigas entre nave y nave, con su parapeto ó pretil de gruesos tablones como el resto del puente. Había en cada nave treinta soldados, y distribuyéronse entre todas noventa y siete piezas de artillería. A distancia de un tiro de arcabuz, así á la parte superior como á la inferior del puente, se colocaron dos hileras de grandes barcas, treinta y tres á cada lado, trabadas también entre sí como los bajeles del puente, formando como otros dos puentes flotantes; de cada uno de estos barcones salían unas gruesas y largas vigas á modo de dentellones con puntas de fierro, semejan-do como hileras de piqueros al frente de un escuadron, las cuales servían para abrigar el puente, deteniendo é impidiendo la aproximación de las naves enemigas.

Esta obra maravillosa, invención de Baroccio y fruto de los altos y atrevidos pensamientos del duque de Parma, ejecutada en medio de inmensas dificultades, se dió por terminada á los siete meses de emprendida (24 de febrero, 1585), con indecible alegría de los soldados de Farnesio, y con asombro y pavor de los de Amberes, que miraban aturridos la realización de aquello mismo de que meses antes tanto se habían reído y burlado (1). Quedó, pues, cortado y cerrado el Escalda para los sitiados de Amberes, mientras las tropas del monarca español pasaban con todo desembarazo por medio del puente de la provincia de Brabante á la de Flandes. *Anda,* le dijo el de Parma á un espía de los sitiados que cogió, *anda y dí á los que te enviaron que este puente, ó ha de ser el sepulcro de Alejandro Farnesio, ó ha de ser su paso para Amberes.* Las únicas esperanzas de los cercados eran ya, un golpe de mano que intentaron contra Bois-le-Duc para ser socorridos por tierra, y la armada de Zelanda que había de auxiliarles por mar. Salióles fallida la primera empresa, conducida por el conde de Holak, causándoles gran destrozo los generales realistas Altapenne y Georgio Basta. Para mayor desconsuelo de los sitiados, Bruselas, el antiguo asiento del gobierno de los Países Bajos, acosado del hambre, y creciendo al par de la penuria las discordias, rindióse al fin al príncipe Alejandro, que en consideración á haber sido tantos años residencia de su madre Margarita, le otorgó las más suaves condiciones (2). Antes de un mes se le entregó también Nimega, capital de la provincia de Güeldres, quedando de este modo los de Amberes casi completamente aislados.

La armada de socorro de Zelanda no parecía, y es que el almirante Trelong, seducido con las largas ofertas que le había hecho el de Parma, la detenía con diferentes pretextos, hasta que los zelandeses, desconfiando de él, nombraron almirante á Justino de Nassau, hijo bastardo del príncipe de

(1) «Humanamente no se podría creer, decía Santa Aldegundis, que fuera posible cerrar con manos de hombres río de tal condición.»

(2) Los ciudadanos eran restituidos á la gracia del rey; obligábaseles á devolver lo que habían tomado á los católicos y á reparar los templos; no se les imponía multa pecuniaria; la gente de guerra saldría libre con sus armas y ropa, aunque sin desplegar banderas ni tocar cajas, y jurando no hacer armas contra el rey de España, los soldados en cuatro meses, los cabos en seis; los herejes podrían permanecer dos años en la ciudad para arreglar sus asuntos é intereses.

Orange, y enviaron cuantas naves pudieron al Escalda, con las cuales se apoderaron del fuerte de Liefkenshoek y otros castillos, causando esta pérdida tanta indignación al de Parma, que desterró á uno de los gobernadores é hizo cortar la cabeza á otro. Pero otro medio de defensa habian discurrido los de Amberes para embestir y desbaratar el puente en combinacion con la armada auxiliar zelandesa. Este artificio (y con esto verán los lectores que todo en este memorable sitio fué grande, sorprendente y maravilloso) era el siguiente.

El italiano Giambelli, hábil ingeniero y hombre de una imaginacion diabólicamente fecunda, con el deseo de vengar en Flandes un desaire que habia recibido en España, hizo construir en Amberes varios brulotes y cuatro grandes navios de una forma nueva y singular. Cada uno de ellos llevaba en medio una mina hecha con mucha solidez, y llena de pólvora, balas, piedras y otras materias pesadas: entre ellos, cuatro especialmente de tan monstruosa magnitud, que mas que navios parecian ciudadelas flotantes. En el fondo y á lo largo de estos navios mórstruos hizo un grueso suelo de cal y ladrillo con anchas paredes á los lados, cuyo hueco, lleno de pólvora y embovedado de piedra, habia de lanzar gran cantidad de pelotas de hierro y de mármol, piedras de molino, clavos, cuchillos, garfios y pedazos de cadena. Puso encima enormes vigas trabadas con grapas de hierro y cubiertas con gruesos tablones, barnizado todo de pez y azufre. Del centro de la mina salia una mecha tan larga como era menester para que estallase en llegando al puente, sin peligro de las naves y de los hombres que le darían empuje, y estarían á cierta distancia en observacion. Gran confianza tenían los de Amberes en estas máquinas infernales.

Habiendo acertado á ponerse de acuerdo con la armada auxiliar que estaba al otro lado del puente, determinaron los de Amberes una noche (4 de abril de 1585), echar al agua aquellos brulotes llenos de lucientes fuegos para aterrar y deslumbrar á los enemigos, que en efecto á la vista de tan nuevo y extraordinario espectáculo sintieron sucesivamente deleite, admiración y horror. Al llegar á cierta distancia, y aprovechando la marea, soltaron por donde era mas rápida la corriente los navios armados de minas. Como no iba en ellos quien los gobernara, unos torciendo el curso encallaron en las riberas, otros hicieron agua y se fueron á fondo, y alguno se clavó en las ferradas puntas de las vigas del puente flotante. Uno de los navios mórstruos rompió el puente de barcas y llegó á tocar al principal en la parte que se unía á la estacada del lado de Flandes. Como nuestros oficiales y soldados viesen que trascurría buen espacio sin hacer efecto alguno, saltaron á él en bastante número, burlándose de aquel disforme y ostentoso aparato de guerra. El mismo duque de Parma iba á saltar tambien, y hubiéralo hecho indudablemente, si un alfez español que conocía á Giambelli y sabia sus diabólicos artificios, puesto á sus piés de rodillas no le hubiera suplicado por Dios huyese del peligro que temía encerrara en sus entrañas aquella formidable mole.

Apenas Alejandro se habia retirado, estalló de repente con horrible detonacion la máquina infernal, vomitando entre estampidos y fuegos piedras, cadenas, pelotas de hierro, vigas y tablones, y cuanto en su hondo y ancho seno llevaba, haciendo volar destrozados los miembros de cuantos en él habian entrado con imprudente confianza, arrojando á otros enteros á las olas, cuyo seno se descubrió dejándose ver las arenas como en un espantoso terremoto, y saltando las aguas abrasadas por encima del dique. Parecia haberse á un tiempo des-gajado el cielo y reventado la tierra. A muchos ahogó la fetidez de las materias inflamables y la espesísima humareda de la pólvora, que no llevaba menos de siete mil quinientas libras aquel monstruoso castillo flotante. Hasta que se despejó algun tanto la atmósfera, no se vió el estrago que habia hecho. A nueve mil pasos de distancia habian sido arrojadas algunas pelotas de hierro y otros instrumentos de destruccion: á mil pasos se hallaron enormes losas sepulcrales embutidas mas de cuatro palmos en la tierra; ochocientos hombres habian sido miserablemente destrozados, soldados, oficiales, capitanes y generales, entre ellos el valiente, entendido y activo general de la caballería, marqués de Rouvais, pérdida

grande para todo el ejército. Mas lo que consternó á todos, fué que se tuvo por muerto al mismo duque de Parma, por habersele visto la última vez en uno de los castillos del puente, de que primero se apoderaron las llamas. Hallósele despues tendido en tierra y casi sin sentido, derribado por una de las estacas trabales; pero reanimáronse los soldados al ver volver en sí á su querido general.

Pasado el primer aturdimiento del estrago producido por la infernal máquina, en cuyo cotejo parece se nos representan ya pequeños los celebrados artificios de la guerra de Troya, dedicóse el príncipe Alejandro á reparar la parte destrozada del puente, y aunque al punto no pudo hacer sino un reparo de perspectiva, engaño no obstante al enemigo, que por su parte no supo aprovechar ni la rotura del puente ni el efecto moral del estrago, y bien se echaba de ver que faltaba á los rebeldes flamencos la cabeza y direccion del príncipe de Orange. Lo que estos hicieron, en vez de continuar el ataque del puente, fué abrirse paso por otra parte, ya que el rio, al parecer suyo, se les habia vuelto á cerrar. Al efecto discurrieron romper los diques del Escalda, sacarle de sus márgenes, y buscar la navegacion por los campos que inundara. Mas noticioso de ello Alejandro, no solo hizo fortificar el dique de Couvestein, cuya defensa encargó á Mondragon, sino levantar enfrente un contradique, sobre el cual construyó diferentes castillos, atendiendo y ayudando personalmente á las obras, y dejando entre tanto encomendada la defensa del puente al conde de Mansfeld. En combinacion y con multitud de naves artilladas se presentaron á atacar los fuertes del dique y contradique, el conde de Holak desde Amberes á favor de la inundacion, Justino de Nassau desde el Escalda con la armada holandesa y zelandesa (mayo, 1585). Al principio obtuvieron los rebeldes alguna ventaja, mas rechazados despues por los maestros de campo Mondragon y Gamboa, tuvieron que retirarse con pérdida de algunos bajeos que se fueron á fondo, ametrallados desde los fuertes, y de gente que quedó sumida en las aguas.

Otra vez volvieron á embestir el puente con nuevas máquinas navales, perfeccionadas en el taller de Giambelli, y dispuestas de modo que siguiendo rectamente la corriente del rio no pudieran encallar en las orillas torciendo á las obras. Mas tambien el de Parma se habia prevenido para este caso, haciendo enganchar los navios del puente de manera que cuando llegaban estas máquinas se desenganchaban fácilmente, y les dejaban el paso desembarazado y libre; ellas seguían á impulso de la corriente, y cuando reventaban las minas era ya lejos, causando mas risa que susto á los soldados españoles, que acompañaban el estampido con silbidos y festiva algazara.

Aun les quedaba á los de Amberes otro artificio bélico que ensayar, y en el cual pusieron toda su confianza. Consistía este en un navio de espantosa magnitud, mayor que ninguno de los anteriores, y sobre el cual habian construido un castillo de forma casi cuadrada, de modo que iban en él sobre mil mosqueteros armados, además de una espesa hilera de cañones de batir. A esta inmensa mole la llamaron *El fin de la guerra*; significacion de la confianza que tenían en aquella poderosa máquina. Primeramente aparentaron dirigirla contra el puente, con objeto de tener distraida allí la milicia española, mas luego la llevaron al campo inundado pasándola por la cortadura del dique de Ostervel. Sucedió no obstante con la portentosa mole lo que ya muchos habian temido. Su desmedido peso la hizo encallar en las primeras tierras tan hondamente que no hubo manera ni artificio humano para arrancarla; por lo cual el nombre primitivo de *El fin de la guerra* le mudaron los españoles con amarga chanza en el de *Gastos perdidos*.

Finalmente resueltos á hacer el último esfuerzo así los de Amberes como los de la armada holandesa del Escalda, llevaron todas sus naves grandes y chicas, entre todas mas de ciento sesenta, sobre el contradique de Couvestein, provistas las mas de artificiales fuegos, las otras de sacos de tierra y lana, vigas, ramajes, zarzas y valladas para levantar súbitamente trincheras y parapetos. Todos sus caudillos, incluso Santa Aldegundis, fueron personalmente á esta empresa. Embisten,

pues, resueltamente el dique, saltan á él con arrojado, acometen y arrollan algunos puestos españoles y atacan algunos castillos: mezclada la sangre de los combatientes corre á ensangrentar las aguas, y por un momento creen los flamencos suya la victoria y se celebra en Amberes con loco regocijo. Pero acudiendo Mansfeld, Capissucci, Camilo del Monte, Piccolomini, Octavio de Amalfi, el español Juan del Aguila y otros cabos y capitanes, y haciendo un tercio de italianos y españoles mezclados para excitar la emulacion de las dos naciones, sostienen valerosamente el combate, dando lugar á que llegue Alejandro Farnesio, entretenido hasta entonces en el puente. Llega el de Parma, encuentra al enemigo casi dueño ya del contradique, arenga fogosamente á los suyos, y con voz de trueno, con ojos centelleantes, con encendido rostro, *Ea, camaradas, les dice, no cuida de su honra ni de la causa de Dios y del rey el que no me siga*. Y al frente de las picas españolas avanza á donde el combate era mas recio, y arrecia mas con esto la pelea.

Singular y bien extraño espectáculo debia ser en verdad el de tantos miles de hombres batallando sobre una lengüeta de tierra y piedra de diez y siete piés de anchura, en medio de las olas, reducida á aquella estrechura la potencia de España y de las provincias flamencas, y dependiendo del éxito de un combate en tal angostura el triunfo del poderoso monarca de ambos mundos ó el de una rebelion de diez y nueve años. Infíamense de coraje italianos y españoles al ver al de Parma en medio del dique, armado de espada y broquel, ya acuchillando de frente á los que le resisten, ya hiriendo á los costados á los que de las naves quieren saltar al dique. Con las miradas manda á los suyos, con los ojos y con los brazos aterra á los contrarios. Los choques son por una parte y por otra desesperados y sangrientos; el vigor de la resistencia igual al impetu de la acometida; los sucesos varios, avanzando y retrocediendo alternativamente como el flujo y reflujo del mar. Por un momento los españoles é italianos se hincan de rodillas como implorando el auxilio divino, se levantan luego y arremeten furiosos al enemigo, y le arrollan, y penetran en el fuerte de la Palada, que desde entonces le nombran *de la Victoria*. Aunque á los confederados les queda todavía la parte atrincherada del contradique, nada detiene ya á los capitanes y soldados de Alejandro; el fuego de artillería y mosquetería de las naves y trincheras diezma nuestra gente, pero no la acobarda; mueren unos, pero se enardecen los otros; las trincheras se van rompiendo, y disputándose italianos y españoles la delantera en el embestir, entran casi á un tiempo el italiano Capissucci y el español Torralba con los suyos en las fortificaciones, y matan y destrozán las guarniciones enemigas. Con esto, y con un refuerzo que lleva Mansfeld, enseñorea Alejandro y recorre victorioso el dique.

Los flamencos, viéndose perdidos, se refugian á las naves, pero los españoles se abalanzan á ellos con las espadas desnudas por medio de las aguas, que en baja marea entonces les permiten seguir largo trecho á los fugitivos; los barcos que tardan un poco en retirarse, ya no pueden hacerlo por faltarles la marea, y son destruidos por nuestra artillería. Treinta naves y noventa piezas de bronce entre grandes y pequeñas quedan en poder de los vencedores. Se entona un canto de triunfo, y pasado el primer fervor del entusiasmo, manda el de Parma celebrar misas de sufragio por los difuntos.

Consternado el pueblo de Amberes con este desastre, no tardó en pedir tumultuariamente que se entrara cuanto antes en negociaciones de paz, puesto que cuanto mas se tardara mas desventajas serían las condiciones. Esforzábanse por aplacarle el de Marnix y Holak, y entreteníanle con esperanzas de socorro de las provincias marítimas, y sobre todo de la reina de Inglaterra. Mas lo que vieron en lugar de estos auxilios fué que Malinas, la única ciudad considerable de Brabant que aun se mantenía en rebelion, acosada del hambre y desalentada con el suceso del dique de Couvestein, se entregó á Farnesio, que la recibió con harto liberales condiciones. Con esto y con empezarse á sentir tambien el hambre en Amberes, creció la impaciencia de los mercaderes y gente industrial, y tumultuáronse de modo que obligaron á Santa Aldegundis á enviar primeramente una embajada, y á ir des-

pues en persona con otros magnates al campo del de Parma á proponer y tratar las condiciones de la rendicion. Alejandro los recibió con mucha amabilidad y cortesía. Entróse en conferencias sobre las capitulaciones. Puso todo su ahinco Felipe de Marnix en que les dejara la libertad de conciencia, ofreciendo por su parte que si obtenia esta concesion haría que volviesen al servicio del rey hasta las provincias de Holanda y Zelanda, y aun toda la confederacion de Flandes. Era precisamente el punto en que ni queria ni podia condescender el de Parma. El rey Felipe II, en una carta escrita en parte de su puño, acababa de decirle: *En todos los tratados con las ciudades y castillos que vendrán á vuestro poder, sea esto lo último: que en estos lugares se reciba la religion católica, sin que se permita á los herejes profesion ó ejercicio alguno, sea civil, sea forense; sino es que para la disposicion de sus haciendas se les haya de conceder algun tiempo, y ese fijo y limitado. Y porque sobre esto no quede lugar á la interpretacion ó moderacion de alguno, desde luego aviso, que se persuadan los que hubieren de vivir en nuestras provincias de Flandes que les será fuerza escoger uno de dos, ó no mudar cosa en la romana y antigua fe, ó buscar en otra parte asiento luego que se acabare el tiempo señalado*.

En los demás capitulos condújose el prudente y discreto Alejandro con tal moderacion, y portóse con tal generosidad, que nunca hubieran podido los vencidos prometerse tanto, aunque se hubieran rendido muchos meses antes. Baste decir que, fuera de la condicion precisa de profesarse exclusivamente la religion católica y la obligacion de reedificar los destruidos templos, en lo demás se concedía á nombre del rey un perdon amplio y general; restituiase á la ciudad sus antiguos fueros; se daba á los herejes cuatro años de plazo para disponer de sus cosas; se dejaba libres á los prisioneros de ambas partes, y al mismo Santa Aldegundis no se le exigió otra garantía que su palabra de honor de no tomar las armas contra el rey de España en un año; consideracion que dió motivo á los suyos para hacerle acusaciones, de las cuales tuvo que justificarse por medio de un manifiesto ó apología de su conducta que publicó en Zelanda, donde se retiró despues de las capitulaciones. Firmadas estas, hizo Alejandro Farnesio su entrada triunfal en Amberes (agosto, 1585), llevando entre otras galas el Toison de oro con que acababa de condecorarle el rey don Felipe su tio. A presenciar esta entrada y á ver las pasmosas obras del cerco concurrió un inmenso gentío. Abatiéronse las armas de Alençon y se restablecieron las de España. El ejército vencedor celebró una gran fiesta sobre el Escalda, y tuvo un magnífico banquete sobre el puente mismo, extendidas en él las mesas desde la orilla de Brabant á la de Flandes. Deshecho despues el puente, regaló Alejandro sus materiales á los ingenieros Baroccio y Pluto sus autores. Afirmase que habiendo recibido Felipe II de noche la noticia de la toma de Amberes, se levantó, se dirigió al dormitorio de su hija Isabel, y tocando á la puerta dijo solo estas palabras: *Nuestra es Amberes*: con lo cual se volvió á acostarse. Asegúrase tambien que lo celebró mas que el triunfo de San Quintin y que la victoria de Lepanto (1).

Quedaba, pues, sobremanera menguada la parte insurrecta en los Países Bajos, y nunca desde el principio de la guerra se habian hallado los rebeldes en situacion tan crítica. Porque la fama y prestigio que daban al príncipe de Parma sus maravillosos triunfos se hacia mas formidable por la moderacion y equidad con que trataba las ciudades sometidas. Sin embargo, parecióle conveniente asegurar la sujecion de Amberes, la ciudad mas fuerte, populosa y rica, y tambien la mas orangista y la mas antiespañola de los Estados, y muy mañosamente para no exasperar al pueblo hizo reedificar la ciudadela y castillo, ideados por su madre Margarita, construidos por el duque de Alba y derribados por el príncipe de Orange. En Frisia continuaba ganando ventajas y terreno el maestré

(1) Van Meteren, l. XII.—Van Reyd, l. IV.—De Thou, l. LXXXIII.—Bentivoglio, P. II, lib. III.—Estrada, Déc. II, lib. VII y VIII. Este historiador, que dedica muchas y largas columnas en folio á la relacion del memorable cerco de Amberes, trae curiosos pormenores, incidentes y particulares casos que nosotros no podemos detenernos á referir.